

MAIRA CABRINI
JUAN JOSÉ MATEO

PROHIBIDO GRITAR



© 2015 Maira Emilie Cabrini y Juan José Mateo Ruiz-Gálvez

Diseño de la colección: LA MESA DE LLEÓ MARQUÉS

Diseño gráfico de la colección y cubiertas: © GARCÍA Y CÍA

© 2015 Ediciones Turpial, S. A.

Guzmán el Bueno, 133

28003 Madrid

www.turpial.com

Reservados todos los derechos

ISBN: 978-84-95157-86-7

Depósito legal: M-33576-2015

Impreso por

Printed in Spain

INTRODUCCIÓN

No gritarás

ÉRIC Cantona se lanza contra un espectador igual que si fuera un *ninja*: con la mirada inyectada en sangre y poniendo por delante la planta de un pie. La patada tiene lugar en un partido de fútbol de 1995, pero podría haber ocurrido en un callejón oscuro, a medianoche y con navajas de por medio. Eso no es deporte. Es violencia gratuita. Incomprensible. Como cuando Earl *El Ogro* Williams se abalanza con sus dos metros de estatura en busca de un espectador que le ha lanzado una moneda durante un Real Madrid-Maccabi de baloncesto, en 1983. Como cuando los ultras de cualquier equipo cantan proclamas racistas, chillan cánticos violentos y se citan en los aledaños de los estadios con cuchillos, cadenas y barras de hierro que dejan las aceras manchadas de sangre.

Y, sin embargo, cada fin de semana muchos niños ven ejemplos mucho peores para su educación en todos los rincones del mundo.

Porque ven gente que insulta, chilla y grita palabrotas que harían sonrojarse a un presidiario. Gente que reclama patadas, que pide puñetazos, que exige a los jugadores de su equipo que lesionen a los del contrario. Gente que bebe alcohol a primera hora de la mañana, que convierte cualquier esquina en un urinario y que humilla y veja a los colegiados, como bien sabe la niña Zaira Moro, quien a los

catorce años dejó de arbitrar en categoría alevín porque un espectador le gritaba que se dedicara a la prostitución.

Lo que hace tan escalofriantes las escenas anteriores es que esas personas suelen pertenecer a la familia de los chavales que están jugando. Niños y niñas que probablemente hayan llegado al deporte para divertirse, aprender y hacer amigos, y que de repente se encuentran secuestrados por el sueño de otro, su progenitor, su tío o su padrino, que los aprieta y les exige, que los estresa y los corrige, que sustituye al entrenador, se olvida de que es solo un familiar y hace de cada entrenamiento una cuestión de Estado y de cada partido una cita a vida o muerte.

Y no, el deporte no es eso. No es la batalla campal en la que participan jugadores, padres y técnicos durante un partido de juveniles en la barriada malagueña de El Palo a finales de 2014. No es la ristra de insultos gratuitos y gestos violentos que se reproducen cada fin de semana en todos los campos de España, sin que importe la especialidad deportiva ni si juegan niños o profesionales. No es ese árbitro adolescente que acude atemorizado al campo para pitar el encuentro de unos chavales y que luego se tiene que marchar a la carrera si algo no ha salido al gusto de los padres de los jugadores locales.

El deporte es otra cosa.

El deporte es una escuela de valores sin paredes, pizarra ni pupitres. Un espacio en el que incorporar recursos que sirven luego para los estudios y el trabajo, y en el que se pueden formar personalidades altruistas, abiertas a los otros, cooperadoras y con fortaleza de ánimo para afrontar las dificultades y superarlas. Una palanca para integrar, socializar y tumbar de un pelotazo las barreras de la incomunicación, del miedo a la diferencia y de la falta de confianza en uno mismo.

Eso es lo que cuentan los diez entrevistados de este libro,

que alertan contra los peligros de los *padres tóxicos*. Podría pensarse que lo que une a los protagonistas es que han llegado al máximo nivel de su deporte, derrotando a los mejores contrincantes posibles y asegurándose un lugar de privilegio en los libros de historia de todas las disciplinas imaginables: fútbol, baloncesto, tenis, natación, automovilismo, gimnasia, atletismo, alpinismo, vela... Pero no. Lo que tienen en común los diez deportistas que han hecho posible este libro es que conciben su profesión como un camino de aprendizaje, una lección de empatía y una llave para conocerse mejor a sí mismos, sin negar con ello que al triunfo se pueda llegar por otras vías.

Porque el deporte, dice Vicente del Bosque, integra. Y el deporte, asegura Toni Nadal, permite inocular en el niño los valores del esfuerzo, del afán de superación y de la corrección en el comportamiento. Y porque el deporte, según recuerda Enhamed Enhamed, el nadador ciego que asombró al mundo en los Juegos Olímpicos de Pekín 2008, es también la mejor herramienta para superar los miedos interiores del niño, además del instrumento perfecto para que deje de sentirse distinto y entienda que ni el color de la piel, ni la forma del cuerpo, ni las distintas capacidades le hacen mejor ni peor que el resto.

Sus reflexiones no ofrecen solo claves para llegar hasta la victoria ni se quedan en un simple resumen de cuáles fueron los mecanismos que aplicaron para alcanzar la gloria. Son mucho más. Cuentan, como hace la alpinista Edurne Pasaban, cómo escalar la montaña de la vida sin vencerse ante el vértigo y el miedo. Explican, como argumenta el atleta Joan Lino Martínez, que el verdadero triunfo no es el de la medalla y el podio, sino el de la mejora del día a día y el esfuerzo premiado por la satisfacción del trabajo bien hecho. Recuerdan, como hace la gimnasta Almudena Cid, que en el deporte hay sitio para todos: para los niños competitivos y para los que no lo son, para el que quiere ganar y para el que quiere divertirse, para el chaval coordinado y

para el torpe. Que en ese espacio el niño tímido puede encontrar su voz; el aislado, su forma de expresarse, y el disperso, su camino para aprender a concentrarse, perseverar y avanzar en la vida.

Porque el deporte, como explica Theresa Zabell, permite que el adolescente adquiera responsabilidades al enfrentarle con decisiones que solo dependen de él mismo. Marca, según cuenta Carlos Sainz, los lazos que unen a padre e hijo. Pone al aprendiz en contacto con la disciplina que ordena su día a día, añade la nadadora Nina Zhivanevskaya. Y, por encima de todo, le enseña a trabajar en equipo, como tiene bien demostrado Pepu Hernández, el seleccionador que llevó a España hasta la cumbre mundial del baloncesto. De las reflexiones de estos diez protagonistas, desgranadas durante largas entrevistas cara a cara en las que hubo muchas sonrisas y alguna lágrima, se deduce la respuesta para la siguiente pregunta.

¿Qué es lo que distingue a una buena escuela? No son los exámenes de ingreso. Tampoco el precio de las clases ni el diploma que reconoce a los mejores alumnos a final de curso. Es lo que enseña. Lo que se aprende en ella. Los valores que transmite cada jornada con la meta de que acompañen al alumno durante el resto de su vida. Por eso hay pocas escuelas mejores para un niño que la del deporte: si los padres no gritan, se puede escuchar toda una enciclopedia de lecciones.

1. VICENTE DEL BOSQUE

Nombre: Vicente del Bosque.

Nacimiento: Salamanca, 1950.

Deporte: Fútbol.

Palmarés:

Como jugador: cinco Ligas y cuatro Copas del Rey.

Como entrenador: dos Champions, dos Ligas,
una Copa Intercontinental, una Supercopa de Europa
y una Supercopa de España. Mejor entrenador del mundo 2002.

Como seleccionador: un Mundial y una Eurocopa.

Premio FIFA al mejor entrenador del mundo 2012.

El compromiso

EL sueño más bonito de España empieza con una pesadilla. Antes de que Iniesta detenga el tiempo y escuche el silencio mientras marca el gol que da a la selección su primer Mundial de fútbol, la Roja debuta con una derrota. Ocurre contra Suiza. Pasa en Sudáfrica 2010. E invoca de un golpe a todos los fantasmas: enseguida reviven los viejos tópicos que anuncian con seguridad pétrea que España nunca pasa de cuartos, que jamás ha ganado la Copa del Mundo y que siempre fracasa en el objetivo de cumplir con las expectativas.

Vicente del Bosque reacciona al batacazo con un gesto que fotografía fielmente su manera de entender la vida. Los suizos celebran alborozados el triunfo frente a uno de los favoritos a alzar el título. Hay un caos de carreras jubilosas que adelantan a los cabizbajos españoles, que se dirigen tristes hacia el vestuario. Del Bosque espera a que acaben los abrazos, los saltos y los gritos. Pasa un minuto. Y otro. Y otro. Ese tiempo debe de ser toda una tortura para el derrotado. Finalmente, con la paciencia de quien no se siente importante, el técnico se acerca a Ottmar Hitzfeld, su homólogo en la selección suiza, que se queda ojiplático cuando le felicita. Cuatro semanas después, Álvaro del Bosque, Alvarete, el hijo con síndrome de Down del seleccionador, participa de la celebración del título mundial. Todas

las portadas le retratan junto a José Luis Rodríguez Zapatero, el presidente del Gobierno, o subido con la copa en el autobús de la selección, que recorre Madrid rodeado por las multitudes. Un gesto de normalidad. España es el mejor equipo del mundo y lo festejan todos los españoles.

«Uno de los elementos del deporte es la integración», dice Del Bosque, que frecuentemente visita a reclusos en cárceles para darles charlas y que apoya varias iniciativas para que los niños con síndrome de Down se inicien en la práctica deportiva. «Dentro del deporte no solo hay chicos con una discapacidad, sino que todos estamos un poco limitados. No somos perfectos. La integración de eso siempre es buena y tiene un valor muy importante», continúa el seleccionador sobre aquella celebración que siempre ha definido como espontánea. «Tengo un niño con síndrome de Down, pero también participo en algunas cosas de esas porque eso es el mínimo, mínimo comportamiento social que puede tener uno», sigue sobre su presencia en numerosos actos sociales. «Nos cansamos de decir “el valor de la superación”, “el valor del esfuerzo”, y ya lo decimos de una forma un poco hasta mecánica, como palabras hechas. Pero hay una realidad. Creo que una persona que no haga deporte es casi imposible que aprenda ese afán de superación, ese esfuerzo. Imposible. Y no digo que lo haga bien, sino que lo haga. ¡Que haga deporte!», receta.

Todos somos o seremos discapacitados. El razonamiento de Vicente del Bosque tiene la bella lógica de lo sencillo. El hombre fuerte de hoy será el anciano de mañana. La mujer inteligente de hoy será la que tenga problemas de memoria en unos años. El niño de fuerzas incontenibles, ese al que nada agota ni nada calma, acabará por estar cansado. No hace falta tener esa copia extra del cromosoma 21 (o una parte del mismo) que caracteriza al síndrome de Down para encontrarse en una situación de dependencia en la que el deporte puede servir de motor para una vida mejor.

«Todos, a lo largo de la vida, llegamos a tener discapacidad, en la vejez o en momentos puntuales», argumenta Isabel Guirao, fundadora de A Toda Vela, una asociación que trabaja en favor de la inclusión a través del ocio de personas con discapacidad mental. «¿Por qué?», se pregunta. «Por un accidente, por una enfermedad, porque en el embarazo perdemos capacidad de movimiento... En cualquier momento de nuestra vida podemos llegar a tener discapacidad», recuerda. «Necesitamos compensar esa falta de empuje, de fortaleza o de motivación. Todos tenemos discapacidades y las compensamos con el apoyo de otros. El deporte, en niños con discapacidad intelectual, ayuda a desarrollar la perseverancia, el esfuerzo, el compromiso, el trabajo en equipo y el aprender a estar pendientes de otras personas», subraya. «También habilidades. La actividad física te pone en forma, hace que te sientas bien y entres en contacto con otros. A los padres de niños con discapacidad intelectual les diría que los pusieran en contacto con muchos deportes de pequeños. Es muy bueno».

Los psicólogos avalan esa tesis sobre los beneficios del deporte, que según su criterio puede actuar como la llave que abre el cerrojo de la incomunicación y la soledad. Una pelota puede derribar el muro del aislamiento. Un salto, superar la muralla de la incomprensión. Corriendo se llega más lejos que quedándose quieto, oculto en un rincón.

«El deporte adaptado o el deporte inclusivo, en función de la población de referencia, tiene unos importantes beneficios psicosociales, tanto para niños y niñas con síndrome de Down como para otras poblaciones con necesidades específicas», explica Alejo García Naveira, coordinador de Psicología del Deporte del Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid. «Principalmente destacaría que el deporte en estos casos educa (realza capacidades), estimula (ayuda a conseguir nuevas metas), entretiene (ocupa el tiempo de ocio), integra (se desarrolla junto o con otra persona) y normaliza (con cualquier otra persona)», enumera. «Si tuviera que

elegir unos valores que te puede transmitir el deporte, me quedaría con el valor del éxito y del fracaso, el esfuerzo, el trabajo en equipo, la constancia y la superación. Y hay un valor importante en el que tenemos que hacer más hincapié entre todos: el respeto». Y finaliza: «La práctica regular de la actividad física y el deporte, cuando está bien gestionada, puede favorecer positivamente al desarrollo psicosocial de los más jóvenes. Por ejemplo, aprendizaje de valores, desarrollo de rasgos de personalidad (responsabilidad, sociabilidad o estabilidad emocional), habilidades psicológicas (concentración, motivación...) y relaciones interpersonales, además de un aprendizaje de hábitos saludables y de bienestar».

Hay más cosas. El deporte puede ayudar a pinchar la burbuja del aislamiento de un niño con discapacidad intelectual. Le enseña a compartir con otros. También, la importancia de la tolerancia y del afán de superación. Le manda un mensaje potente que digiere mejor gracias a la compañía, por ejemplo, de la pelota: que el protagonismo no tiene por qué ser individual, sino que puede ser compartido y colectivo; que no tiene por qué ser él siempre la estrella, el único foco de atención, el destino único de los padres; que a veces ceder la iniciativa a otro y quedarse en segundo plano es el mejor camino para triunfar uno mismo.

«Cuando los partidos son de fútbol sala, los van cambiando muy a menudo y participan todos», cuenta Del Bosque, que asiste con toda la frecuencia que puede a los partidos de su hijo, quien incluso ha visto cómo bautizaban un torneo con su nombre. «Al principio, cuando a alguno le quitaban y ponían a otro, pues se cabreaban. Ahora ya van teniendo ese temple para aceptar los cambios», sigue el seleccionador, cuyo hijo se ha formado como auxiliar administrativo, lo que le ha permitido encontrar trabajo y ganar en independencia. «Antes, al principio, creo que casi ni sabían para dónde tenían que chutar y dónde tenían que defender, pero poco a poco han ido combinando», añade. «Ellos

son tan nobles, tan nobles que cuando acaban se pegan todos un abrazo», afirma el entrenador.

Antes que campeón del mundo, Del Bosque es padre de tres hijos. El entrenador ha cosechado todos los títulos imaginables. La Eurocopa y el Mundial con España. Dos Ligas y dos Copas de Europa con el Real Madrid, además de una Supercopa de España, otra de Europa y una Intercontinental. Los valores que aprendió en su casa, y que luego le reforzaron en la cantera del equipo blanco, son los que ha intentado aplicar en un mundo tan arisco como el del fútbol profesional, donde los egos luchan por imponerse a la fuerza del colectivo, las estrellas viven sordas y ciegas a lo que las rodea y las exigencias de los patrocinadores dejan poco margen para establecer relaciones personales significativas. Los éxitos del seleccionador, sin embargo, niegan que la mercadotecnia haya conquistado el deporte del balón y lo haya convertido en un simple decorado de cartón piedra a mayor gloria de una máquina de hacer dinero. Es un tipo accesible. Bonachón. De gestos tan pausados como medidos. Del Bosque respira fútbol, y con la pelota transmite y aprende los valores que han marcado su carrera deportiva. En el vestuario parece aplicar los mismos principios que en casa con sus hijos.

«El ejemplo del padre, el ejemplo del profesor, el ejemplo del entrenador es vital», dice sobre la educación de los niños y la convivencia con los profesionales. «Creo que es vital», insiste. «Lo más difícil es convencer en vez de imponerse. Ese es el secreto. Si no lo llegas a convencer, por mucho que le impongas, mal asunto... Si a alguien a quien quieres seducir no le andas con el ejemplo por delante, difícilmente las palabras van a sustituirlo. Ya le puedes decir cincuenta cosas, que si no ven a un tío ejemplar, difícilmente [lo harán]», prosigue Del Bosque. «Todos nos preparamos para ganar, nadie se prepara para la derrota, pero la derrota también es didáctica, también enseña. Por ejemplo, antes de ir al Mundial de 2014, todo el mundo decía